

EL FIN

Germán Cáceres

Veo el comienzo como una bruma, en medio de la cual una incierta cantidad de veces me despertaba después de tener un sueño en el que, de noche y vestido con jeans y remera, dormía al aire libre acostado sobre la tierra húmeda y bajo un cielo colmado de estrellas. El frío me hacía reaccionar y con aprensión observaba que a mi lado había una tumba, en cuya lápida resaltaban los datos del muerto en colosales letras góticas, que en vano trataba de leer, y de improviso me encontraba en una galería de arte haciendo mi trabajo, es decir, tomando notas de los cuadros exhibidos para comentar luego en diarios y revistas.

El pintor presentaba una retrospectiva de su brillante y extensa obra. Yo estaba identificado con su estilo: impecable composición, sólido oficio, estilizada figuración y armonía de colores arduamente trabajados. En suma, analizando sus cuadros podía emplear todos los conocimientos con los que me había formado en este difícil arte de la crítica. En cambio, la tarea me resultaba más espinosa con las instalaciones y las búsquedas vanguardistas: en estos casos me cuidaba de opinar sobre la calidad de las obras y prefería señalar que constituían otra vuelta de tuerca sobre la incertidumbre y zozobra de este comienzo de siglo.

Curiosamente, cuando concluí la visita a la galería, estaba despierto, y fui a escribir el artículo a mi departamento, cuyo amplio ambiente funciona a la vez como dormitorio, living y oficina. Está situado en el primer piso de un viejo edificio y cuenta con un baño pequeño y *kitchenette*.

Al mismo tiempo que tecleaba ante la pantalla de la computadora, observaba si aparecía la vecina de enfrente en su balcón. Aún era joven y atractiva, y sus ojos azules poseían una belleza

estremecedora. Su vestido abotonado ceñía su esbelto cuerpo, que vibraba al inclinarse para regar las plantas. Pensar que no sabía si era soltera, ni siquiera si vivía sola. Jamás la había encontrado en la calle, pero hay que ver si en tal caso me hubiera atrevido a abordarla. Una mujer así sepultaría definitivamente mi extrema soledad, y yo podría convertirme en un individuo sociable en lugar de este ejemplar huraño y nada simpático que soy. Hasta echaría por la borda el arte para transformarme en un hombre común, que sólo ambicionara mantener a su familia.

Al terminar el artículo advertí que ya había anochecido, de modo que me trasladé en colectivo hasta un bar literario, para cumplir con un compromiso ineludible que tenía con una amiga escritora que ofrecía una lectura de poemas.

El bar, de estilo *art nouveau*, tenía las mesas cubiertas con manteles rojos y velas. Desde un diminuto escenario que



Ilustraciones de: Luis García, tomadas de la revista *Sufi* No. 2, sept. 1980.

se había pergeñado contra una de las paredes, mi amiga disertó sobre el vampirismo —reparé en ese momento que así se llamaba el ciclo—, centrándose en los aspectos literarios del tema y evitando toda referencia a su existencia. Además de erudita, la charla fue amena.

Después ocupó el escenario una chica pálida, de labios pintados de rouge ciruela, que lucía campera y pantalones de cuero negro y mostraba brazaletes y anchas pulseras de metal. Mientras ella leía poesías de Baudelaire, Goethe y Yeats relacionadas con el mito del vampiro, el disk jockey —un muchacho que vestía una túnica negra— hacía sonar la peculiar música de las películas de terror.

No puedo negar que el espectáculo fue original e interesante, de indudable jerarquía literaria.

Inesperadamente me dormí y volví a soñar que me hallaba acostado sobre la tierra húmeda, el cielo estaba estrellado y tenía la firme resolución de descifrar la inscripción de la tumba antes de despertar. Y en esa segunda oportunidad la pude captar.

Sin embargo, después de la ensoñación no retorné al bar donde tenía lugar el recital poético, sino que me encontré sentado delante de la computadora. Como un acto reflejo miré hacia el balcón de enfrente, pero la estupenda mujer no estaba regando las plantas: era noche avanzada.

El nombre del tipo era muy raro, con varios acentos circunflejos. Lo busqué en la guía telefónica y no ubiqué a nadie con su apellido.

Entonces recurrí a un buscador: ¿acaso no dicen que las computadoras conservan toda la memoria y todos los conocimientos del mundo?

Y tuve suerte.

Apareció un artículo sobre necromancia firmado por él, y comprobé que pertenecía a un sitio que también dirigía. La página contaba con un amplio abanico de temas, links y libro de visitas. También había un icono que representaba un sobre, hice un clic con el *mouse* y brotó el clásico correo electrónico. Le mandé un mail en el que le decía que deseaba contactarme con el fin de hacerle una entrevista para una revista de la que era colaborador.

No quería dejar pasar la ocasión que se me presentaba de vivir una aventura, una estimulante posibilidad de sacudir mi sedentaria y aburrida rutina. Ya que no podía iniciar un romance con mi vecina del balcón, al menos tendría una experiencia nada convencional con esta historia que había surgido sin que yo la hubiera buscado.

No recibí respuesta, pero en esos días de espera ocurrió un suceso que me perturbó.

Me encontraba en otro bar literario visitando la exposición de un pintor informalista. Sus cuadros se exhibían en las paredes de la planta baja, donde también funcionaba una librería. El primer piso conducía a un auditorio donde se proyectaban ciclos de cine. Subí para ver la programación del mes, cuando observé que también había otra sala que anunciaba una muestra de psicografías sin mencionar al autor.

Pasé a esa sala, en la que dibujos bidimensionales representaban formas humanas a través de líneas sinuosas. Se trataba de siluetas superpuestas a la manera cubista aunque sin rectas: sólo se veían curvas que se entrelazaban como si buscaran anudarse.

Los grafismos se hallaban acompañados de mensajes escritos con una letra tan mala que resultaban ilegibles. Sólo pude desentrañar algunos párrafos aislados como: “El fin del universo...”; “...la destrucción total...”; “No quedarán rastros del hombre...”

Otra particularidad: al salir noté que del bar se habían retirado los parroquianos; tampoco pude localizar al cajero y a los mozos.

Después de unos días, como el tipo no me contestaba el mail, resolví recorrer el libro de visitas.

Hallé las consabidas felicitaciones por el nivel del sitio. Asimismo datos y lecturas recomendadas. Pero me llamaron la atención tres anotaciones.

Decían lo siguiente:

“Es usted un valiente. Su cruzada triunfará y salvará el planeta. Por favor, no flaquee en sus esfuerzos: la supervivencia del ser humano está en sus manos.

“Su vida corre peligro, como también la de los que estamos al tanto de la diabólica conspiración que ha descubierto. Últimamente se han producido numerosos crímenes que no salen en los medios. Estoy seguro que las víctimas conocían la existencia de este plan exterminador. Fueron muertes monstruosas, cuyos cadáveres sufrieron espantosas mutilaciones. No dudo que estos asesinos proseguirán con su satánica tarea de aniquilación. ¡Tengo miedo! Lamento decirle que abandono esta lucha contra el mal. Reconozco que soy un cobarde, pero cambiaré mi dirección electrónica y no volveré a visitar su página.

“¡Bravo! Cuente conmigo para enviar una metralla de mails que informe a la red sobre esta trama espeluznante

que está lista para iniciar un ataque devastador y decisivo. Estoy a su disposición como un soldado que obedece órdenes de una conciencia superior como la suya.”

Tenía que proseguir el camino que había emprendido, así que envié un mail al voluntarioso soldado; le pedí datos sobre esa conciencia superior, ya que su correo electrónico se mantenía en silencio.

Y me quedé a esperar la respuesta, porque intuía que el soldado se hallaba permanentemente al lado de la computadora. Aproveché para dar un vistazo al balcón de enfrente, pero la beldad no estaba regando las plantas: claro, ya era de noche.

A los cinco minutos recibí su mail. Fue una sorpresa enterarme que el responsable del sitio había fallecido hacía dos meses. Era un hombre que vivía solo y no tenía parientes. Apenas se relacionaba con la gente porque estaba encerrado todo el día en su minúsculo departamento actualizando su página web. Además, era un plástico que se dedicaba a diseñar psicografías con profecías apocalípticas y, curiosamente, su domicilio no estaba lejos del mío.

Entonces le pedí más detalles, haciéndole saber cómo me había contactado con el sitio, es decir, me referí a las imágenes en las que dormía al lado de la tumba del director del sitio y a las psicografías del bar literario.

Su contestación fue contundente.

“Debemos reunirnos personalmente para que yo lo ponga al tanto del pensamiento del que fuera nuestro líder espiritual, así como de su estrategia para enfrentar las tinieblas. Según la policía, se mató ahorcándose en su departamento; atribuyen su tremenda decisión al hecho de que era solitario, con muchas perturbaciones psicológicas que lo llevaron al suicidio. Pero yo no creo en esa versión. Nuestro querido compañero no obró libremente, su muerte fue producto de una inducción paranormal. He realizado investigaciones y pude verificar que hay una verdadera ola de suicidios que los medios de comunicación ocultan. Creo que se trata de otra maniobra de los agentes del mal para eliminar a los que no desconocemos sus terribles propósitos. Sin lugar a dudas, usted posee dones mediúmnicos y logró contactarse con nuestro líder, que seguramente desea que se haga cargo de esta batalla a favor de la luz. Me pongo a su servicio como un fiel soldado dispuesto a obedecer. Arreglemos una cita lo antes posible.”

Caí en una vertiginosa sobreexcitación. Máxime que las horas habían pasado y por la ventana asomaba una mañana de un día que rebosaba sol por todos los costados. Y la

rotunda mujer estaba regando las plantas con una blusa escotada que acentuaba sus encantos hasta el paroxismo.

No sé por qué tuve la intuición de que en la probablemente clausurada vivienda del difunto iba a encontrar alguna importante documentación que todavía no había sido retirada por la policía. No dudaba que un pequeño soborno motivaría al encargado del edificio a abrirme la puerta. Entendía que así podría tener más tarde un encuentro fructífero con el disciplinado soldado.

Decidí ir de inmediato al lugar.

Bajé las escaleras y llegué a la planta baja.

De pronto, como si presenciara una alucinación, aparecieron dos individuos mal trazados y de mediana edad cuyas caras no pude distinguir porque estaban a contraluz. Me dijeron algo que no pude entender porque hablaban en un idioma desconocido para mí. Bruscamente, uno de ellos sacó un revólver y recibí un tiro en el pecho.

No realizó más disparos porque la vecina, que había visto la escena, comenzó a gritar pidiendo socorro. Los agresores escaparon y yo caí al suelo.

Sangraba, y me dolía el pecho como si un puñal se estuviera ensañando con mi corazón.

Enseguida asomó otra vez la bruma y empecé a recordar las elaboradas psicografías. Y sentí que dormía al aire libre de la noche, junto a aquella tumba, y me quise incorporar pero no pude, me hallaba entumecido. Además, en el cielo no había estrellas, sino que reinaba la oscuridad absoluta. La vecina había dejado de gritar: el silencio era categórico. ☒

Germán Cáceres. Escritor argentino. Entre sus libros, pueden citarse *El checo, la gigante y el enano* (1974), *Cuentos para mocosos y purretes* (1980), *Los pintores mueren del corazón* (1985), *Matar una vez* (1992), *Soñar el paraíso* (1996), *Vamos a Manhattan* (1999) y *Entre dibujos, marionetas y pixeles* (2004). Colabora con la Fundación Ciudad de Arena dedicada a la difusión del género fantástico y con varios medios impresos y publicaciones virtuales. En 1997 fue incluido en la antología *Cuentistas Argentinos de Fin de Siglo*, de Editorial Vinciguerra. Ha recibido diversos reconocimientos de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y en 2002 fue premiado en el concurso de cuentos “Atanas Mandadjiev”, celebrado en Bulgaria, por lo que se le otorgó el título de Gran Maestro del Relato Policial.

